

LIBRE

**DESCUBRIMOS A LAS
BRIGADAS ROSAS, UN
GRUPO COMANDO QUE,
A BORDO DE UN FALCON,
DABA PROTECCION A
LOS HOMOSEXUALES**

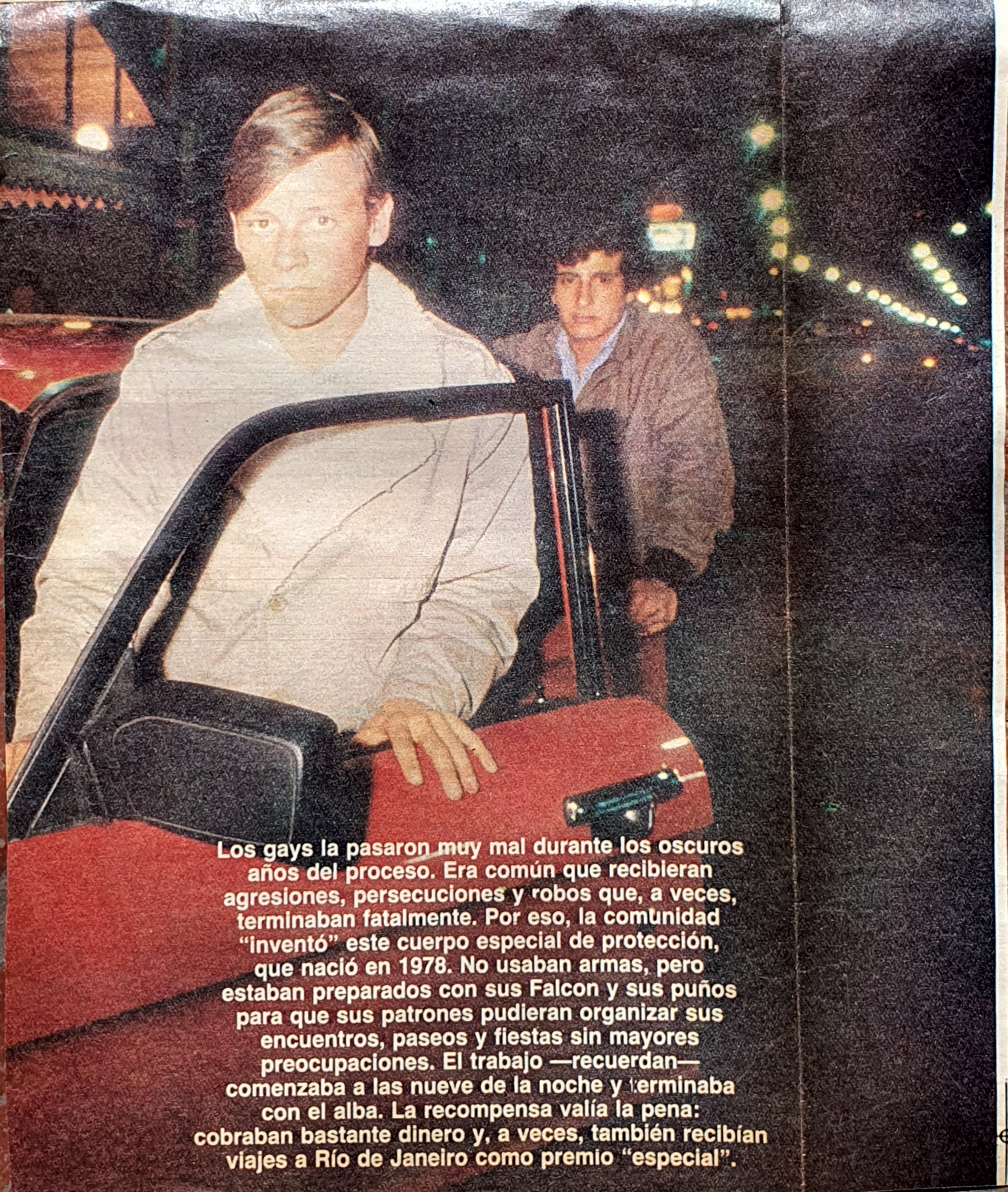
Con Mister T estarían completos. Pero ese negro enorme pertenece a la "Brigada A" norteamericana, y estos cuatro —Marcelo, Oscar, Guille y Sebastian— viven en Garín y son de un grupo bastante diferente. Pero, por la pose, vale la comparación.



Cobraban muy bien por su servicio

**ESTA ES LA
"BRIGADA ROSA"
QUE PROTEGIA A**

LOS GAYS DURANTE EL PROCESO



Los gays la pasaron muy mal durante los oscuros años del proceso. Era común que recibieran agresiones, persecuciones y robos que, a veces, terminaban fatalmente. Por eso, la comunidad “inventó” este cuerpo especial de protección, que nació en 1978. No usaban armas, pero estaban preparados con sus Falcon y sus puños para que sus patrones pudieran organizar sus encuentros, paseos y fiestas sin mayores preocupaciones. El trabajo —recuerdan— comenzaba a las nueve de la noche y terminaba con el alba. La recompensa valía la pena: cobraban bastante dinero y, a veces, también recibían viajes a Río de Janeiro como premio “especial”.

Alertas, adiestrados casi instintivamente para la defensa, los hombres son como las historias que los describen. Intrigantes, chiquitos pero corpulentos, y sin demasiadas verbosidades: muy diestros en eso de no preguntar demasiado y cumplir —con escaso lenguaje— la tarea encomendada. Cuesta poco imaginarlos en aquellos años de la Argentina confusa. A veces, como en película, la noche se les abría como una gran trampa: dependía siempre de sus puños —así, a trompada limpia— que salieran vivos y que su patrón no tuviera un rasguño.

El patrón no las tenía todas consigo por entonces. La Argentina confusa, la Argentina de persecuciones, no era buena perspectiva para alguien considerado como *gay*. Caminar por la avenida Santa Fe a la altura de Callao, o por Florida a la altura de la Galería Jardín, no revestía una gran seguridad: cualquiera aparecía, fingía un acercamiento hacia el gay y luego —ya en la casa del individuo— terminaba reduciéndolo empuñando un arma. ¿El fin? Varios: el robo, el secuestro y el posterior pedido de rescate, o la muerte misma, cosa que pasó en repetidas oportunidades.

Eso pasaba. Hasta que aparecieron las llamadas *Brigadas Rosas*, desde luego. Un cuerpo creado absolutamente por las circunstancias, sin reglas preestablecidas, dependiente únicamente de los gays que sentían amenazadas sus vidas, financiado completamente por ellos. Un cuerpo de muchachos constituido para que los gays se sintieran protegidos.

Esta suerte de "armada por los derechos de la intimidad" nunca se ha presentado en sociedad. Sus integrantes nunca han mostrado sus caras hasta ahora. Por esa razón, por aquella preservada intimidad, se los ve ligeramente recelosos a Marcelo Mastrocola, Oscar González, Guillermo Robles y Sebastián Nápoli. Siempre fueron —respectivamente— chofer, mecánico, electricista de automóviles, y mozo de bar de la zona de Bermúdez, en Garín, pero la actual y pacífica realidad los ha dejado sin trabajo por las noches: porque ellos, hasta hace no más de un año, integraban las *Brigadas Rosas*. Salían con sus patrones gays —a cambio de un sueldo que oscilaría cerca de los 50.000 pesos actuales— adonde ellos fueran: y más de una vez, para defenderlos, se vieron envueltos en nocturnas historias de película policial.

Los cuatro hombres son bien corpulentos y se nota que, en su momento, tomaron su original

y redituable trabajo con más displicencia que miedo.

Que ellos hablen con fluidez, sin demasiados compromisos, es cosa difícil. Los cuatro ex integrantes de *Brigada Rosa* no son hombres de develar fácilmente sus secretos.

—Ojo: los gays necesitaban ser defendidos no sólo por la clásica represión policial —aclara Marcelo, chofer de oficio, 23 años—. También estaban los peligros que acechaban en calles como Charcas, Santa Fe, Florida, Lavalle. Había muchachones que se llegaban desde la zona Sur para robarles.

—¿Pero cómo hacían?

—Muy fácil —se apresura a contestar Oscar González, mecánico, de 24 años—. Estos chicos trataban de hacer amistad con los gays y, una vez en el departamento de estos señores, les robaban y hasta podían llegar a matarlos.

—Algunos eran extorsionados y robados —dice Guillermo, 24 años, electricista de autos— por temor a que se revelarían sus identidades. Se les sacaban coches, Rolex de oro, un montón de cosas a cambio de sus silencios. Pero no sólo eso. Otros tenían un olfato especial. En algunas calles clave, se acercaban a los coches de los gays y les hacían el verso de que querían tener relaciones con ellos. Cuando finalmente se subían al auto les enseñaban un sobre y los amedrentaban diciéndoles: "O me das tanto o empleo a gritar pidiendo auxilio y terminás encanado por drogadicto". Algunas veces, esos sobres ni siquiera conte-

La brigada toma mate en el taller: "Los patrones eran muy generosos: nos pagaban vacaciones en Brasil".

nían cocaína: eran, apenas, sobres de harina.

Los ex *Brigadas Rosas* coinciden en señalar en que todos los atacantes eran menores de edad. Y que estaban perfectamente organizados: a veces, desde otro coche, se le tomaban fotografías al gay con su inescrupuloso compañero para poder chantajear con mayores argumentos. Bajo los dominios de los atacantes también funcionaba una cantidad de departamentos, adonde solían ir para robar a sus ocasionales víctimas. *Brigadas Rosas* nació a mediados de 1978 y la pregun-

ta, entonces, resulta inevitable:

—¿Quiénes los reclutaron?

—La comunidad gay es gente que tiene una buena posición económica —explica Marcelo—. Con nosotros se manejaban a través de apodos. No querían ser descubiertos tan abiertamente. Un doctor creo que se llamaba González, otro era un tal arquitecto Vázquez y había un empresario al que todos le decían Ari. No más de siete manejaban la brigada.

—Dimos con ellos porque nosotros frecuentábamos los mismos boliches —cuenta Sebastián, 23 años, mozo—. Antes ellos no tenían boliches exclusivos, como ahora. Nos hacíamos amigos... aunque ojo: la amistad a un lado y el sexo al otro. Nosotros de gay no tenemos nada.

—Había una condición indispensable para ser reclutado —acota Guillermo—. Debíamos ser físicamente parecidos a quienes los atacaban, para mi-

El proceso y los crímenes de los gays

"Los gays unidos venceremos", "basta de represión sexual" y "libertad al amor homosexual" eran consignas que florecían en los baños de los bares en el invierno de 1982. Claro, lo que sucedía era que la comunidad gay porteña estaba conmocionada por una serie de asesinatos a sus integrantes, que aún hoy no han sido re-

sueltos. La ola de crímenes comenzó con uno doble, el de Alberto Pintos y Luis Meza, el 20 de junio, dos jóvenes que habían organizado una sencilla fiesta con pizza y gaseosas y al parecer fueron asesinados por sus acompañantes. Siguió el 30 de junio con la muerte del ingeniero electrónico Alejandro Bachrach de 76 años. Se rumorea que esa noche un joven pelirrojo preguntó por el portero eléctrico cuál era su departamento. Pero el crimen que mayor impresión causó entre los gays fue el cometido el 1° de julio y cuya víctima resultara el arquitecto César José Díaz Goñi (foto), ya que





metizarnos y dialogar con ellos. Así, siendo morochitos como ellos, les podíamos sacar la información que queríamos.

—¿Qué tipo de información?

—Saber qué se traían entre manos. Saber si querían asaltar a los gays. En esos casos, le avisábamos a quien estuviera de guardia en la brigada...

—¿Había guardias?

—Sí. Había uno que se quedaba en determinado lugar para esperar el llamado. Ese se encargaba de llamar a un gay "capo", que a su vez llamaba a sus más importantes amigos militares o policías. De esa forma se iba a buscar al tipo y se procedía a detenerlo.

En sus épocas de bonanza, Brigada Rosa llegó a tener 56 integrantes. Las recomendaciones eran suministradas "boca a boca", por así decirlo: siempre había algún amigo que pasaba el dato. Entre la

Un mecánico, un electricista, un mozo. Los muchachos, músculos y flor en mano, son los veteranos de la brigada.

brigada y el individuo que contrataba esos servicios se sellaba un contrato que establecía la defensa nocturna del contratante. Se comenzaba a "trabajar" a partir de las 21.

—Pedían nuestros servicios para fiestas importantes —dice Guillermo—. Allí cuidábamos en todo el edificio: en las terrazas, en los frentes, en todos lados.

—Esa tarea era difícil —recuerda Oscar—. Había muchos vecinos a los que no les interesaba que esas fiestas se hicieran cerca de ellos. Y entonces llamaban a grupos de malan-

dras para que entraran en mitad de la fiesta y empezaran a robar. A veces, entraban tipos con droga para que después la cana cayera como de improvisado y se llevaran a todos.

—A los gays siempre les robaban los coches —comenta Marcelo—. Coches caros: Mercedes Benz, BMW, de esos...

—El momento más difícil se dio cuando empezaron a arrear los asesinatos —interrumpe Sebastián—. Ahí cundió el pánico entre nuestros jefes. No era chiste que asesinaran a doce homosexuales: nosotros no usábamos armas de fuego y sospechábamos entonces que existía una organización bien adiestrada para matar gays. Ahí empezó nuestra retirada: estábamos en inferioridad de condiciones...

—Háblenme de ustedes ahora. ¿Se sentían bien haciendo ese trabajo? ¿Y sus familias, qué decían?

—Estábamos un poco nerviosos, nada más —dicen casi coincidentemente los cuatro—. Nuestras familias nunca supieron de qué se trataba nuestro trabajo. Les mentíamos. No creíamos conveniente que lo supieran.

—Y se disolvió casi naturalmente —confiesa Marcelo—. Con la democracia, dejaron de perseguir a los gays y ahí empezamos a quedarnos sin trabajo...

—La gente puede suponer que ustedes eran decididamente un grupo parapolicial...

—No, no éramos parapoliciales —se ataja Sebastián—. Nunca utilizamos ninguna arma de fuego. Convencíamos a quienes teníamos que convencer con

una buena piña, a lo sumo.

—¿Y quién les pagaba?

—Uno de los patrones —refiere Marcelo—. A veces nos adelantaban dinero a través de vales. Cada tipo tenía tres custodios. También nos especializábamos en descubrir taxi boys honestos, por así decirlo. Bueno, ustedes saben quiénes son los taxi boys: muchachos que se prostituyen por sumas de dinero. Pero también hay quienes no son taxi boys y sí son ladrones, chorros. A esos teníamos que detectarlos...

—¿Cómo eran sus relaciones con la policía?

—Buenas. No nos molestaban —afirma Oscar—. Fue una muy buena época para nosotros. Si hacíamos un muy buen trabajo, los gays nos premiaban. ¿De qué manera? De varias... Por ejemplo, teníamos algún enfermo en nuestras familias y entonces ellos se encargaban de que fueran atendidos por los mejores especialistas. A veces, también nos premiaban con viajes a Río, con estadía paga.

—¿No creen que actuaron al margen de la ley?

—Sí. Pero actuamos mejor que los representantes de la ley —declaran—. Las cosas las solucionábamos siempre verbalmente. Nos sentíamos útiles defendiendo a gente como nosotros, gente que era injustamente agredida por su característica sexual. Ahora está la justicia y sabemos que aquel trabajo sería improcedente. Pero antes, la justicia casi ni existía...

—¿Recuerdan algún lío inolvidable?, ¿alguna disputa difícil?

—Eran tiempos difíciles. No sabíamos de dónde venía la gente. A tal punto que el nuevo que se integraba a la brigada debía ser investigado por lo menos durante toda una semana. Teníamos que averiguar sobre la familia, sobre sus amistades, todo. Y otros temibles eran los taxi boys. Nos ofrecían el 50 por ciento de la recaudación del día para que los dejáramos entrar en nuestras filas. Nunca tranzamos.

Se sabe —y de sobra— que la Argentina de las confusiones lo permitía casi todo. La Brigada Rosa existió, tuvo vida útil durante casi cinco años. En aquel tumulto de hechos sombríos surgieron para hacer justicia en un país casi sin justicia.

Los cuatro hombres tienen ahora sus noches libres y sus ex patrones también. Síntomas de que aquel país a la intemperie es ahora un recuerdo, un mal recuerdo. **TEA**

Jon y Ely Villoslada
Fotos: Mario Gambetta
y Jorge Vilarino

el occiso era integrante del, por llamarlo de alguna manera, jet set homosexual y muy popular entre sus compañeros. Díaz Goñi fue encontrado en la bañera de su departamento con trece puñaladas en su cuerpo. Ese día, por la mañana, el arquitecto había retirado cuarenta millones de pesos ley que nunca aparecieron, pero otros objetos costosos que decoraban la casa no fueron tocados. El encañamiento del que resultaron víctimas los gays logró que comenzaran a protegerse entre sí y, en algunos casos, a colaborar con la tan temida policía para lograr el esclarecimiento de los hechos.



Arquitecto Goñi, víctima fatal.